

Centenario inminente

Algo sobre Thoreau

Ignacio Carrillo Prieto

Henry David Thoreau nació en 1817, es decir, el próximo año se cumplirán 200 de la llegada al mundo de este heterodoxo e inquieto pensador estadounidense, destacado representante de la corriente trascendentalista. El autor de Walden, ese recuento autobiográfico sobre una existencia aislada en la naturaleza, es también el brillante defensor de la “desobediencia civil”.

Durante dos años, dos meses y dos días, del 4 de julio de 1845 en adelante, Henry David Thoreau (1817-1862) vivió solitario en una cabaña de troncos que construyó solo, valido únicamente de sus manos, con el hacha y en el terreno de Ralph Waldo Emerson, refugio de ermitaño como el de Simón Estilita de la Tebaida, al principio de los tiempos, alejados ambos de los impertinentes, conviviendo con la naturaleza y con sus demonios personales; aquel trepado en su plataforma aérea y Thoreau asomado al espejo admirable del lago Walden, descifrando día a día su misteriosa pureza.

Era otra de las “ocurrencias” del “hombre extraño” (como afirma Edward Wagenknecht) que fue Thoreau para la gente sencilla de Concord, Massachusetts, que recordaría también un inexplicable incendio en aquellos bosques, que se le atribuiría sin fundamento. Su insobornable limpidez moral haría la otra parte de la leyenda.

La pequeña ciudad, de la que nunca se separaría, la de nombre programático antes que emblemático, sería discordante con su hijo más famoso, pues otros ya eran célebres, Emerson y Hawthorne; con ellos casi nunca

hubo problemas. El “casi” lo representaron la abolición de la esclavitud y la reluctancia para asumir todas sus consecuencias, pues entonces fue necesario decantarse y esos escritores no dudaron a la hora de elegir su estandarte en aquella batalla, que enemistó a los hermanos y a los amigos, separó a las familias y produjo dolorosas heridas que tardarían muchos años en cicatrizar.

La vida entera de Thoreau quedó signada por su apasionada defensa de la libertad individual que, con la guerra abolicionista, llegaba a su cenit histórico.

Él mismo, en 1847, respondiendo a un cuestionario de Harvard, su antigua y no tan amable universidad, dijo: “Soy maestro de escuela, tutor privado, agrimensor, jardinero, campesino-pintor, quiero decir, pintor de casas, carpintero, albañil, jornalero, fabricante de lápices de grafito, fabricante de papel de lija, escritor y, a veces, poetaastro”. Pero —añade Wagenknecht— “olvidó mencionar que ensayó asimismo la colocación de empaquetados y la inspección gratuita de tormentas de nieve y lluvia y que sus tareas comenzaban antes que el campesino o el leñador más temprano acudiese a su trabajo y continuaban después de que la

costurera más tardía de la noche hubiese aplicado la última puntada”.¹

Vida laboriosa como la que más, impulsada por su incesante curiosidad y su optimismo congénito al haber gustado, profundamente, la comunión con el espíritu de los bosques, los ríos y los lagos, las marmotas y los mapaches, los búhos y las cigarras y las hormigas, obras de una Creación gloriosa ante sus ojos, que mucho tenían de la limpidez infantil por la que, mágicamente, el mundo era un asombroso prodigio cotidiano.

Sin embargo, Thoreau sostuvo un día, públicamente y en sede académica, que habría sido mejor invertir el calendario: trabajar un día a la semana y descansar los seis restantes, lo que no es una mala idea, aunque difícilmente practicable todavía.

Thoreau fue “defensor ardiente y convencido de causas perdidas, que no por perdidas son menos justas”, sostiene J. J. Coy,² quien ha establecido los elementos centrales de su ideología política, la de un hombre que no creía en la política de los políticos de tiempo completo, los profesionales del malabarismo escamoteador de la realidad de calles y plazas, a ellos ajenas del todo.

Coy cree ver en la obra de Thoreau un talante *libertario* y a un tiempo *solidario*, antiimperialista en el apogeo del imperialismo norteamericano, que en la primera mitad del siglo XIX se apoderaría, sin justificación, sin razón ni derecho alguno, de la mitad del territorio de la joven República mexicana, atrocidad que le indignó a tal punto que lo llevó a cambiar el curso de su vida.

Fue, asimismo, defensor decidido e irreductible del derecho a pensar por sí mismo, como defensa ante la avalancha del oportunismo político; fue, sin duda, rousseauniano, ecologista *avant la lettre*, convencido de la índole sagrada de lo natural; defensor acérrimo de las minorías indias contra el proceso genocida de su extinción paulatina, alentada por los nuevos amos de los territorios tribales; antiesclavista convicto y confeso, abolicionista incondicional en vísperas de la Guerra Civil americana; defensor del derecho a la pereza, o mejor (para que nadie se escandalice) del *derecho al ocio creativo*, mucho antes de la fórmula de Paul Lafargue.³

No se creyó Thoreau aquello del *melting pot* y más bien presenció una *anglo-conformity* en la que desaparecerían los particularismos nacionales de los emigrantes, dejando el lema *e pluribus unum* arrinconado en las monedas de un centavo, y nada más.

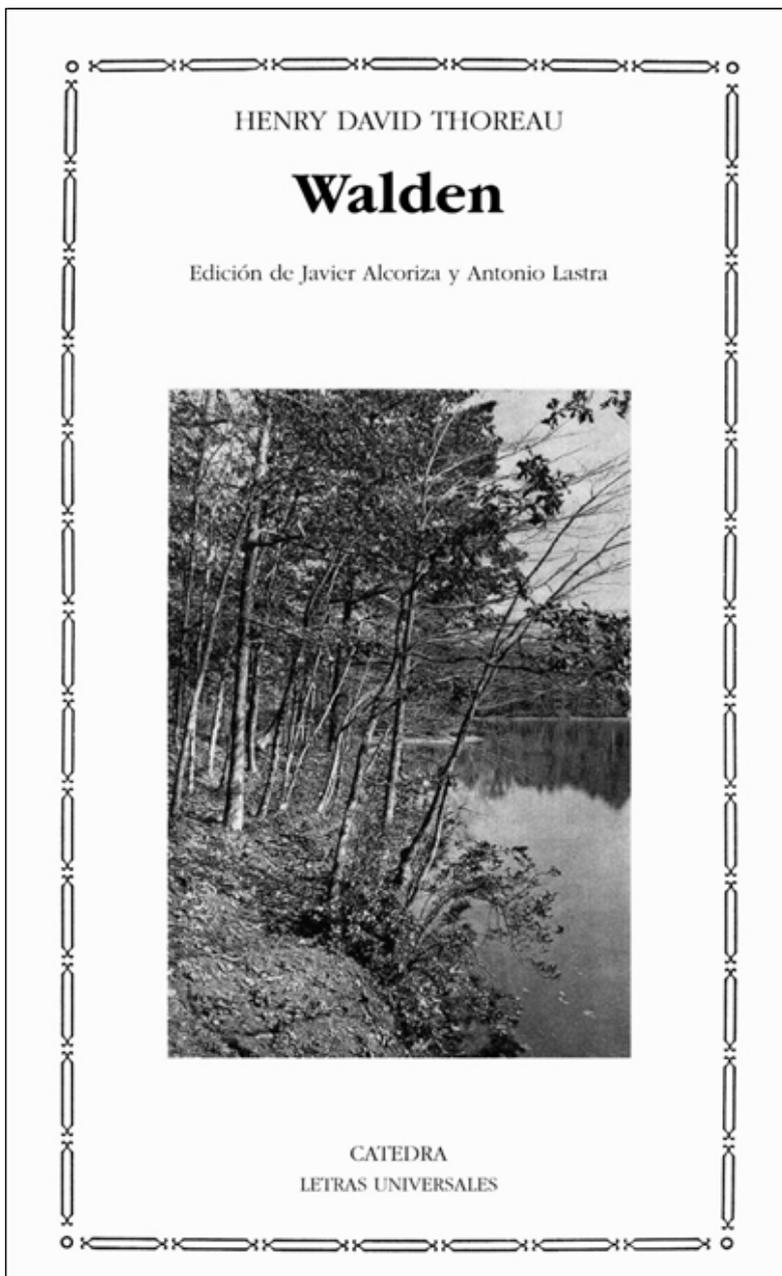
¹ Edward Wagenknecht, *Henry David Thoreau, What Manner of Man?*, The University of Massachusetts Press, Amherst, 1981 (hay una traducción, debida a Aníbal Leal: *Así era Henry David Thoreau*, Editorial Fraterna, Buenos Aires, 1985, p. 30).

² Juan José Coy, “Estudio preliminar” a H. D. Thoreau, *Desobediencia civil y otros escritos*, Alianza, Madrid, 1987, pp. IX-XXVII.

³ José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, tomo IV, Alianza, Madrid, 1979, p. 3319.

A manera de anécdota se contaba que Thoreau no anudaba las agujetas de sus zapatos (como tampoco lo hacen hoy millones de jóvenes urbanos), pero no por comodidad o moda, sino porque no lograba hacerlo correctamente, lo que es inverosímil, aunque sea regocijante para algunos y fuera finalmente un grave defecto que no tenía nada de risible. Como tampoco era humorística su decisión de cambiarse el nombre, al salir de Harvard, para ser de ahí en adelante Henry David y no el David Henry de su bautismo. Tan no lo era que llegó a recibir la indignada carta de una dama concordiana que le espetaba, furibunda, que él sería siempre David Henry y nunca Henry David, “¡nunca de los nuncas, nomás eso nos faltaba!”.

Al lado de vecinos impresentables y obtusos estaban los grandes: Emerson, Hawthorne, Alcott, Sanborn, la pléyade de Nueva Inglaterra, y por ahí pasaron también Stevenson y Melville, y a ellos también se debió que la complejidad de Thoreau fuera explicada al mundo y



reivindicada su original rebelión individualista-solidaria que dijo Gandhi, pues también Thoreau inspiró el método libertador de India. Inspiró muchas otras cosas y las sigue impulsando con sus letras hasta estos días en que algunos lo reivindican como una alternativa político-ideológica ante las crisis globales, que no son la excepción sino la regla de cada año.

Grande fue el dolor que sufrió Thoreau con la cruel muerte de su hermano John, víctima del tétanos en una angustiosa asfixia paulatina, cuyos síntomas reprodujo Henry David psicomatizando la agonía de aquel.

No fue dolorosa, en cambio, la negativa (un tanto buscada inconscientemente, dicen los especialistas, Harding el primero) de Ellen Sewall, en 1840, a su propuesta de matrimonio, institución muy contraria al modo de ser de Thoreau y que lo habría aherrojado en una apacible prisión doméstica. Murió pacíficamente, después de una neumonía larga e imprudente, el 6 de mayo de 1862 en Concord y fue enterrado en el Cementerio Nuevo, desde donde sus restos fueron trasladados a Sleepy Hollow, para descansar por fin en la Colonia de Escritores, junto a otros de la arcadia de su pueblo nada pueblerino, puesto que no podían serlo Thoreau, Emerson y Hawthorne, grandes de las letras de todos los tiempos, quienes desde Concord llegaron hasta el confín del mundo, cual los barcos balleneros “trascendentalistas” de Nantucket,⁴ empeñados en vencer las inmanencias que, fatalmente, acompañaran al ser humano.

“En la prosa de Thoreau hay una respiración de caminata por un bosque y de trabajo al aire libre”, afirmó Muñoz Molina, grande entre los grandes de hoy, en el suplemento “Babelia” (número 1156).

La corriente trascendentalista norteamericana —afirma Ferrater Mora— fue representada por William Ellery Channing, Theodore Parker, Henry David Thoreau y Ralph Waldo Emerson. Era un movimiento tanto filosófico como religioso y político, nacido de una reacción frente al materialismo y el tradicionalismo: contra el primero sustentaban los tradicionalistas agrupados en el Trascendental Club, fundado en Boston en 1836, la superioridad del espíritu en un país que no acababa de cuajar y en el que el espíritu del capitalismo acabaría por imponerse.

El trascendentalismo no es una simple afirmación de lo trascendente, pero no equivale tampoco a una inmanenzación de la idea y el espíritu, por cuanto convierte cada cosa en reflejo o espejo de una realidad superior a sí misma. En política, el trascendentalismo no parte de la experien-

cia sola, sino de la conciencia; no tiene como único punto de partida la historia humana, sino también la naturaleza humana. En la ética, el trascendentalismo afirma que el hombre posee facultades morales que lo conducen al Derecho y a la Justicia. Por eso, el problema de la filosofía trascendental estriba en revisar la experiencia de la humanidad y probar sus enseñanzas por la naturaleza de la humanidad; atestiguar la ética por la conciencia moral y la ciencia por la razón; *probar los credos de las Iglesias y las constituciones de los Estados por medio de la constitución del Universo*; derribar lo falso, facilitar lo necesario y ordenar lo justo.⁵

Emerson y su círculo trascendentalista convirtieron la pequeña ciudad de Concord en el centro intelectual de Estados Unidos durante esos años. Fueron figuras destacadas de este grupo Orestes Brownson (en cuya casa sirvió Thoreau durante seis semanas); Margaret Fuller, pionera del feminismo norteamericano y editora de *The Dial*, revista de literatura política y religión y órgano de los trascendentalistas de Concord, muerta trágicamente en un naufragio; Elizabeth Peabody, librera e inventora del *Kindergarten* norteamericano, que inspiró a un personaje de *Las bostonianas* de Henry James; Bronson Alcott —padre de Louise May, la autora de *Mujercitas*—, pedagogo progresista, partidario de un método educativo integral, físico, intelectual, estético y moral; Jones Very, ermitaño, y Frederic Henry Hedge, fundador del famoso Club de Debates.

Emerson proclamó en el *Ensayo VII* de la Serie II, en línea trascendentalista, que

el Temor, la Astucia y la Avaricia no pueden construir algo que sea más que polvo. Cuando las Nueve Musas se encuentran con las Virtudes hallan para su designio una sede tan grande como el Atlántico, protegida del calor por verdes ramas de huerto, donde el estadista traza sus surcos para sembrar trigo; cuando la Iglesia es una institución social, *cuando la casa del Estado es el hogar, entonces ha llegado el Estado perfecto, el republicano se halla en su casa.*⁶

Dijo también, con relativismo muy moderno, que las instituciones estatales no son, no pueden ser, superiores al ciudadano y “que toda ley y costumbre fue el expediente de un hombre para hacer frente a un caso particular”.

La política —sostuvo firmemente— descansa en cimientos necesarios y no puede ser tratada con ligereza (deficiencia que es casi monopolizada por la mal llama-

⁴ Algo del alma y la vida material de la sociedad a la que pertenecía Thoreau ha quedado magistralmente delineado por N. Philbrick en su espléndido relato *In the Heart of the Sea*, traducido en 2015 como *En el corazón del mar* (Seix Barral).

⁵ Ralph Waldo Emerson, *Ensayos*, traducción de Luis Echevarría, Aguilar, Madrid, 1962, pp. 516-538.

⁶ Vid. Ignacio Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad social: Rousseau, precursores y epígonos*, UNAM/Instituto de Investigaciones Jurídicas, México, 2012.

da “clase política”, que ni es clase y que hace de la política un pavoroso remedo de ella), como ocurre al pretender que “cualquier medida, aunque sea absurda, se puede imponer a un pueblo con sólo obtener los votos suficientes para hacer la ley. Pero el hombre sabio sabe que la legislación descabellada es una cuerda de arena que parece al retorcerse y que la forma de gobierno que prevalece es la expresión de lo que haya de cultura en la población que la permite”. (V. gr. el funesto arraigo, la prisión preventiva *ad eternum*, las inmorales e ilegales presunciones de culpabilidad, las escuchas e interven-

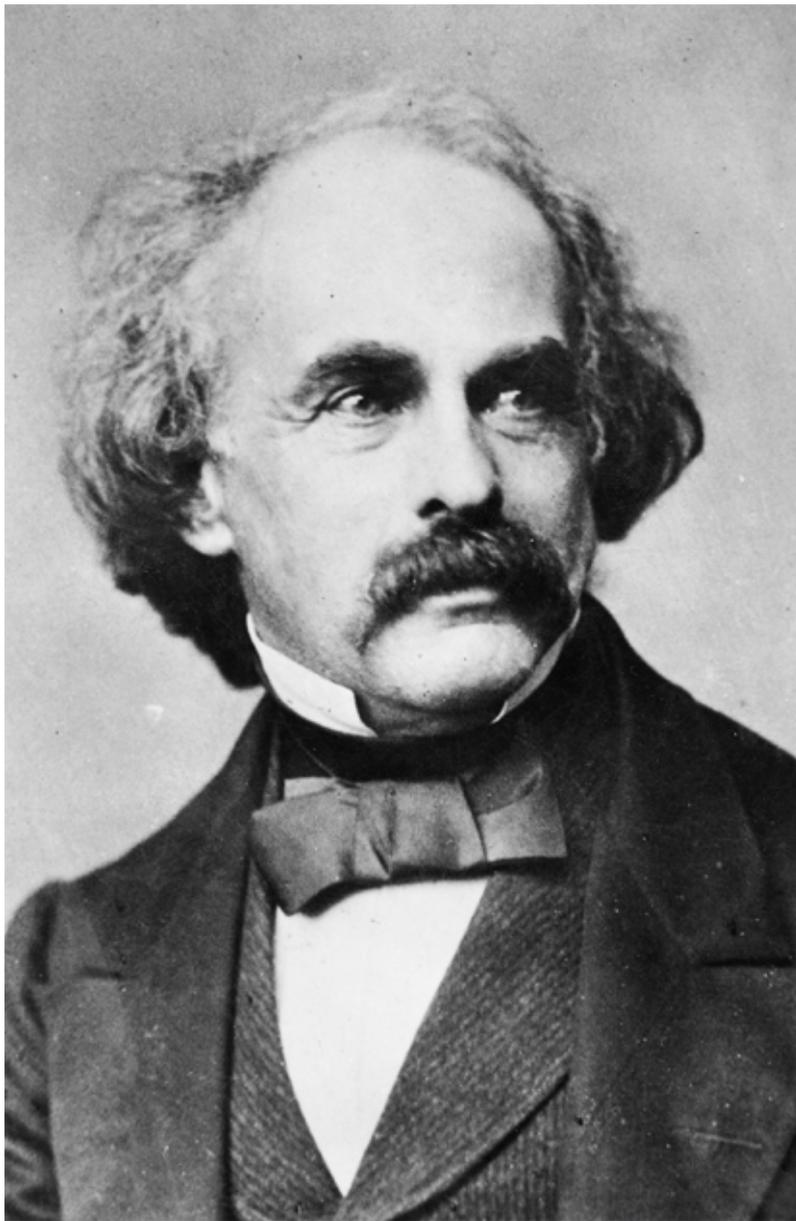
ciones de la comunicación entre particulares, en fin, el largo etcétera mexicano, urdido por los insensibles teóricos extraviados adictos al poder político, comparsas a sueldo del presidente en turno).

Emerson sostuvo que

la ley es solamente un memorándum. Somos supersticiosos y estimamos algo la ley: *su fuerza está en proporción con la cantidad de vida que contenga en el carácter de los hombres vivientes...* Nuestra ley es dinero en circulación, en el que estampamos nuestro retrato.



Henry David Thoreau



Nathaniel Hawthorne

Los sueños de los hombres sinceros y sencillos son proféticos. Lo que el joven sueña y reza y pinta hoy será la resolución de los organismos públicos, luego será llevada como una declaración de derechos en todo conflicto o guerra hasta que, por fin, se convertirá en ley triunfante que se establecerá por cien años hasta que dé paso, a su vez, a nuevas oraciones e imágenes. La historia del Estado esboza con torpes contornos el progreso del pensamiento y sigue a la distancia la delicadeza de la cultura y de las aspiraciones humanas. La teoría de la política... considera a las personas y la propiedad como los dos objetos para cuya protección existe el Gobierno. Las personas tienen iguales derechos porque son idénticas por esencia. *Este interés, con todo su poder, demanda una democracia.* En tanto que los derechos de todos como personas son iguales, *sus derechos de propiedad son muy desiguales*, a causa de un accidente.

Los “derechos personales” —concluye el bostoniano—, universalmente idénticos, demandan uno basa-

do en el censo; la propiedad demanda un gobierno basado en los propietarios y en la propiedad.

Pero la propiedad pasa, mediante la donación o la herencia, a los que no la crean. Han surgido dudas —añade— acerca de si no se ha *concedido demasiado* en las leyes a la propiedad y de si se ha dado a nuestras costumbres una estructura tal que permitían al rico abusar del pobre y mantenerlo pobre, pero principalmente debido a que *hay un sentido instintivo, aunque oscuro y todavía inarticulado*, de que *toda la constitución de la propiedad*, basada en sus presentes prerrogativas, es injuriosa y su influencia sobre las personas *perjudicial y degradante*.⁷

Emerson se inclina por la idea de que “*el único interés que ha de considerar el Estado son las personas*”, pues la propiedad —afirma— “seguirá siempre a las personas”, con lo que se alinea en las filas ilustradas y niveladoras, sin decir nada novedoso en el fondo.

Sí lo es, en cambio, su tesis de que “el fin más elevado del Gobierno es la cultura de los hombres” y que “si los hombres pueden ser educados, las instituciones participarán en su mejoramiento y el sentimiento moral dictará su ley sobre la tierra”.

Resplandece entre estas líneas el fulgor de la Ilustración. La afirmación es *propuesta política* y no una mera declaración de personal e íntima adhesión a los valores del espíritu. Veía Emerson levantarse ante la nación, que pujante y poderosa, iba construyendo su designio imperialista, los escollos a los que habría de enfrentar un día ya no muy lejano:

La sociedad consta siempre, en gran parte, de jóvenes y necios. Los viejos, que han visto la hipocresía de los tribunales y de los políticos, mueren y no dejan ninguna sabiduría a sus hijos. Estos creen a sus periódicos lo mismo que hicieron sus padres en su época... Con esta *mayoría ignorante y fácil al engaño*, los estados correrían pronto a su ruina... Bajo cualquier forma, las personas y la propiedad tienen que tener y tendrán su justo yugo... y los atributos de una persona; su ingenio y energía moral ejercerán bajo cualquier ley o bajo cualquier absorbente tiranía su propia fuerza, si no de acuerdo con la ley, sí de un modo secreto; si no de acuerdo con la ley, sí en contra de la ley; mediante el derecho o mediante la fuerza.

Son las *leyes naturales* las que realmente importan y quienes ordenan en última instancia siguiendo la explosiva idea según la cual “una nación de hombres unánimemente consagrados a la libertad o a la victoria puede fácilmente confundir la aritmética de la estadística y realizar acciones extraordinarias, completamente despro-

⁷ Edward Wagenknecht, *op. cit.*, pp. 76-77.

porcionadas a sus méritos, como lo han hecho los griegos, los suizos, los americanos y los franceses”.

No fue menos provocadora su *tesis del liderazgo*, que tanto emocionaba a John Kennedy:

“Es imposible fijar los límites de la influencia personal, porque las personas son órganos de fuerza moral o sobrenatural. Bajo el dominio de una idea que arrebató a las mentes de las multitudes, como la libertad civil o el sentimiento religioso, los poderes de las personas no son materia de cálculo”. Según su biógrafo Ted Sorensen, Kennedy leyó a fondo a Emerson durante las largas y dolorosas convalecencias, de su juventud, encadenado a su lecho de enfermo y de lector voraz; acudiría a los aforismos de Emerson en sus discursos presidenciales elegantes y elocuentes, que mucho contribuyeron a su aura de joven y seductor monarca, taumaturgo audaz y fascinante.

No es menos sugestiva la idea de Emerson de que “cuando el rico es derrotado en una votación, como ocurre frecuentemente, es que el tesoro unido de los pobres excede al de los ricos”. ¿Habrán ellos de confirmarse hoy ante un Trump de Trampas, el producto más logrado de la actual perversión democrática?

El gran señor bostoniano, que como los James vivía indistintamente en una y otra ribera del Atlántico, americano cosmopolita, proclamó la especificidad de Estados Unidos de América:

En este país estamos orgullosos de nuestras instituciones políticas, las cuales son singulares de los hombres que viven, *del carácter y condición del pueblo*, que expresan todavía con suficiente fidelidad y que nosotros las preferimos de una manera ostentosa a cualesquiera otras de la Historia. No son mejores, sino únicamente más adecuadas para nosotros. Acaso seamos prudentes al afirmar las ventajas de la forma democrática en los tiempos modernos... Hemos nacido demócratas y no estamos en modo alguno calificados para juzgar la monarquía, la cual, para muchos padres que vivieron en la idea monárquica, era relativamente justa. Pero nuestras instituciones, aunque coinciden con el espíritu de la época, no tienen ninguna excepción de los defectos prácticos que han desacreditado a las otras formas. Todo Estado actual está corrompido.

A los indignados de hoy les complacerá la conclusión de Emerson: “¿Qué sátira sobre el gobierno puede igualar la severidad de censura que encierra la palabra ‘político’, que durante siglos ha significado ‘astuto’, dando a entender que el Estado es una argucia?”.

La *Weltanschauung* romántica es telón de fondo. De ahí que el siglo XIX sea el de la crítica radical del Estado, de todo Estado y no solamente del absolutista del XVIII. Había una suerte de desencanto, de fatiga y de hastío en muchos intelectuales, europeos y norteamericanos, ante la complejidad del laberinto estatal y de los enigmas de la

conducta política. Insatisfacción generalizada ante la realidad grosera de la democracia electorera que contó y cuenta con la ignorancia y el prejuicio de las masas, gracias a las cuales los manipuladores de la máquina engañan a los únicos dueños del Estado, los ciudadanos, a quienes les fue expropiada por la implacable lógica capitalista: el principio del bienestar colectivo se convertía, a ojos vistas, en un infierno global. Había libertad para enchufar el individuo al sistema y sólo para ello se contaba con la protección de la ley; no en cambio para rebatirlo e impugnarlo, como lo hizo Thoreau, advirtiendo con su conducta el peligro que el Gigante representaba en su trasmutación como Big Brother, que fatalmente habría de nacer si no lo impedían hombres insumisos, que ya veían que el sueño de la razón engendraba las monstruosidades que Goya develó.

Vio Emerson llegar el padecimiento endémico de las democracias, la corrupción de los partidos políticos:

Un partido es corrompido perpetuamente por los personalismos. Ordinariamente nuestros partidos son partidos de circunstancias y no de principios, como los intereses de los labradores en conflicto con los de los comerciantes, el partido de los capitalistas y el de los obreros. Los partidos de principios, el del sufragio universal, el de la abolición de la esclavitud, el de la abolición de la pena de muerte, degeneran en personalismos... De los dos grandes partidos que en este momento casi se reparten la nación entre ellos, diría que uno tiene la causa mejor y el otro tiene los mejores hombres. El filósofo, el poeta o el hombre religioso desearán, desde luego, dar su voto con el demócrata a favor del comercio libre, del sufragio universal, de la abolición de las crueldades legales del Código Penal y por facilitar de todas las maneras el acceso de los jóvenes y de los pobres a las fuentes de la riqueza y el poder. Pero raramente pueden ser aceptados los filósofos, los poetas y los piadosos como representantes de esas generosidades, pues *no tienen en el corazón los fines que dan el nombre de la democracia, a todo lo que hay de esperanza, y de virtud en ella.* En la otra parte, el partido conservador, compuesto de la parte de población más moderada, capaz y culta, es tímido y *se limita meramente a defender la propiedad.* No reivindica ningún derecho, ni aspira a ningún bien real, ni condena ningún crimen, ni propone ninguna política generosa, ni construye ni escribe, ni mima a las artes, ni protege a la religión, ni establece escuelas, ni estimula la ciencia, ni emancipa a los esclavos, ni es amigo de los pobres, ni de los indios, ni de los emigrantes. De ningún partido, cuando está en el poder, tiene el mundo que esperar ningún beneficio en la ciencia, arte o humanitarismo, en consonancia con las fuentes de la nación.

La retahíla emersoniana expone los nudos problemáticos que llevarán a la Guerra Civil y revela la preocupa-

ción del ensayista por la pérdida de rumbo del empuje americano. Ante todo, ejemplifica *el deber del intelectual frente al espectáculo político*, desmascarándolo y desnudándolo para ilustración de la ciudadanía, a fin de contenerlo dentro de límites razonables, es decir, en la jaula de la política, sin permitirle colisionar ni interferir con otros sistemas sociales, que no obedecen a su lógica so pena de desnaturalizarse: “el de la religión, el de la ciencia, el de las artes, el del derecho y el de los valores y convicciones personales”.

Advirtió también que “la libertad salvaje desarrolla una conciencia de hierro. La falta de libertad, fortaleciendo la ley y el decoro, causa estupor a la conciencia. Un populacho no puede ser permanente: el interés de todo el mundo requiere que no exista; solamente la justicia satisface a todos por igual”.

En Emerson queda advertida la tesis del libro de que este capítulo forma parte,⁸ a saber, que la naturaleza humana se expresa en las leyes tan característicamente como en las estatuas, o en las canciones, o en los ferrocarriles y que “un extracto de los códigos de las naciones sería una transcripción de la conciencia común”.

A fin de enriquecer las posibilidades del análisis jurídico habría necesidad, además, de encontrar los vasos comunicantes entre el derecho como legislación, como saber, como doctrina, y la literatura, las artes, el urbanismo, la arquitectura y otros saberes que conllevan control social, como la medicina y la psicología, tarea multidisciplinaria que viene siendo exigida hace ya muchos años como reacción a un formalismo útil cuando no se le sacraliza, como ocurrió con el discurso jurídico en las décadas sesenta y setenta del siglo pasado. Emerson seguramente habría estado de acuerdo con esta propuesta y a Thoreau le habría interesado sólo por un rato.

“Feo como el pecado”, dijo Hawthorne descubriendo a Thoreau: “la nariz larga, la boca deforme y modales toscos y un tanto rústicos, aunque corteses”. Para la señora Hawthorne, “había llegado a ser tan gentil, sencillo, franco y amable como deberían ser todos los genios, con grandes ojos azules que se imponían a la nariz larga” que, según ella pensaba, “debió perjudicarlo constantemente”.⁹

Wagenknecht refiere que “hay versiones de personas que no lo conocían y que la primera vez lo confundieron con un buhonero, un calderero, un peón y un vagabundo”: es preferible abordarlo como uno de los grandes hijos de la alegría, pues la alegría de un alma es la medida de su pureza. “Sin duda, la alegría es la condición de la vida”. Afrontaba el futuro con esperanza y un discreto grado de confianza, como observó Berkowitz

cuando relata que, al exhortar a los hombres a ser fieles a su naturaleza, Thoreau implicaba que “el ciego y poco viril amor a la riqueza no es una parte esencial de la naturaleza humana”.

Aunque sabe que el gobierno civil, con todos los problemas que crea, es una necesidad, anticipa un periodo lejano en que los hombres podrán gobernarse solos. “Aún habrá otros amaneceres; el Sol no es más que un lucero del alba”.

“La tristeza jamás se justifica, pues siempre existe la vida, que, vivida con acierto, implica una satisfacción divina”. Era el sentimiento de “un niño”, del niño eterno e imbatible que fue Thoreau a los ojos de Emerson y a los de otros que gozaron con la fuerza, liberadora, del “niño” que confesaba que su estado de ánimo era el más propicio para ver algo maravilloso: la tristeza misma tenía fertilidad, porque evitaba que la vida fuese trivial.

Embotando la flauta, que sabía tañer aceptablemente, era una suerte de Pan vagando por bosques encantados, oyendo a los viajeros que pasaban cantando con “la inagotable capacidad natural del hombre para la vida divina, la sumisión a la Naturaleza, la religión de la contemplación y la libertad de la simplicidad”: le sonaba a música hasta el ruido de los hilos telegráficos, “que vibran como un arpa a gran altura”.

Su formación académica fue la de Harvard, aunque no guardaba hacia ella el sentimiento habitual de afección filial que provoca el *alma mater*. Conoció ahí los principios del latín y el griego, y también cursó la enseñanza del francés, el español, el italiano (en que no era muy diestro) y el alemán (en que mereció una alta calificación).

“Fue un erudito clásico por el mero imperio de las circunstancias pero *un romántico por temperamento*”, al decir de C. Gohdes. Sostuvo que el resultado definitivo y más alto fruto natural de la más excelsa sabiduría escrita era la poesía: el misticismo de la humanidad, así como el mito, eran la sabiduría registrada de los hombres, de los profetas, de los fundadores espirituales de la cultura.

Cuando murió, su biblioteca constaba de unos 400 volúmenes solamente, pero usó la de Emerson, muy rica y selecta: era un esclavo de la letra impresa y leía de todo aunque no todo fuera de su interés y agrado. Prefería algo que leer, lo que fuera, a no poder leer.

Después de escribir *Walden* leyó la *Antígona* de Sófocles y a Lucrecio. *Antígona* armoniza patentemente con *Desobediencia civil* al margen de que le haya influido o no directamente, lo que hace del libro de Thoreau un nuevo clásico. También se aventuró con Herodoto y Estrabón. Los *Himnos órficos* le atraían y Homero condensaba para él lo mítico y lo heroico, así como ocurría con Plutarco y con Esquilo. No admiró a Platón ni frecuentó a Aristóteles...

⁸ *De la rebelión individualista a la desobediencia civil* (actualmente en las prensas del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM).

⁹ Edward Wagenknecht, *op. cit.*, pp. 35-92.

“Leería a Virgilio —afirmaba Thoreau— aunque sólo fuera para recordar la dignidad de la naturaleza humana en todos los tiempos”. El *Bhagavad-Gita* influyó en él de modo importante aunque algunos no admiten este influjo pues Thoreau, dicen, nunca entendió el verdadero significado del dualismo oriental, su pesimismo y su resignación. Sólo espigó frases pero no profundizó en las ideas centrales de los sistemas. En cambio, se adentró en Dante y en Milton: “ *vemos con Dante pero sentimos con Milton*”. Claro que leyó a Linneo y se adentró en la botánica de la Ilustración enciclopédica: *Mis prisiones* de Silvio Pellico le dieron el tono para escribir su autobiografía, brevísima. Los vikingos y sus exploraciones también cautivaron su atención y los mitos nórdicos le entusiasmaron. Chaucer le encantaba, con lo que su código genético puritano se vio muy alterado a favor de la serenidad, la inocencia, la humanidad y la religión. Pero, en cambio, sorprende su desconocimiento de la gran literatura del XVIII, excepción hecha de Swift y sus *Viajes de Gulliver*, y de la obra de Sterne. Presumía, con justificada razón, su conocimiento de Raleigh, uno de sus grandes héroes. Leyó a Wordsworth, a Carlyle y a Coleridge. Sin embargo, no le complacía el análisis erudito, puesto que “la poesía no puede respirar en tal atmósfera”. Es también incomprensible su caprichoso desprecio por la cultura egipcia y sus “amontonamientos de piedras”. En el fondo, Thoreau profesaba la tesis, construida por él con elegancia: “si un hombre no sigue el paso de sus compañeros, quizá procede así porque oye un tambor diferente. Dejémosnos que él se atenga a la música que oye, por muy diferente que sea de la nuestra”.

La obra de Thoreau fue un soliloquio. “Observaba su propia mente como el gato que observa el orificio de la cueva del ratón”. Sabía —dice Wagenknecht— que amaba los libros más que a sus vecinos, pero eso no lo convencía de que fuera mejor que ellos. “En mi locura soy el mundo que condeno”. Lo mejor de él —decía también— estaba en los libros que escribió y fuera de esas obras confesaba ser un “patán balbuceante y torpe” (frase que mucho le complacía a Rubén Bonifaz, añorado y altísimo poeta, latinista impar).

“Ser filósofo —y Thoreau lo fue asistemático— no es sólo concebir pensamientos sutiles y ni siquiera fundar una escuela, sino amar tanto la sabiduría que uno viva, de acuerdo con sus dictámenes, una vida sencilla, independiente, magnánima y confiada”.

La vida de Thoreau fue todo eso, pero no fue sencilla:

El incidente más increíble de su carrera es el incendio casual que provocó en los bosques de Concord, cerca de Fair Haven, en 1844. Él afirmaba que había quemado unas cincuenta hectáreas, pero el *Concord Freeman* informó entonces que eran, por lo menos, 150 hectáreas.



Ralph Waldo Emerson

Que esto haya sucedido a un frecuentador de los bosques y a un conservacionista tan convencido es en sí mismo bastante asombroso, pero que Thoreau haya adoptado frente al incidente una actitud tan altanera es aun más extraño. Afírmase que, durante años, los habitantes de Concord lo llamaban “incendiario de bosques” y “condenado bandido”... “Me dije —escribió Thoreau—: ¿Quiénes son estos hombres que afirman su condición de propietarios de los bosques y cuál es mi relación con ellos? Incendí el bosque, pero no les provoqué ningún mal. Arreglé cuentas conmigo mismo y estuve contemplando las llamas que se acercaban. Fue un espectáculo glorioso y yo era el único que podía verlo”... El hecho mismo de que escribiese estas líneas, seis años después del episodio, revela claramente que está racionalizando, a mucha distancia del incidente, en un permanente esfuerzo por recobrar la paz interior.¹⁰

Thoreau hace entender su personal visión: “Sus propias obras inspiran al genio: es hermafrodita, y sus libros, consecuencia de una misteriosa partenogénesis”. Habrá pocos que sostengan tal idea de la creación literaria.

¹⁰ Edward Wagenknecht, *ibidem*, pp. 76-77.

Thoreau tuvo el cuidado de enlistar sus defectos como escritor: ser amante de las paradojas; ser ingenioso con sus juegos de palabras; utilizar frases hechas y máximas populares; ser disperso y... no siempre ser sincero. Para sus contemporáneos, Emerson a la cabeza, “Thoreau es demasiado religioso para ir a la iglesia, demasiado patriota para pagar sus impuestos y demasiado humanista, demasiado fervoroso, para interesarse por el bienestar del vecindario”.

Lo cierto es que, en 1939, según lo consigna Wagenknecht, Henry Seidel Canby incluyó a Thoreau, con Bacon, Shakespeare, Pope, Johnson, Franklin y los traductores de la *Biblia* del rey Jacobo, “entre los grandes creadores de la oración inglesa”.

A *Walden* no es posible considerarlo una autobiografía más ni, mucho menos, una reseña o crónica de las experiencias al borde del lago, círculo perfecto, sino “una *fábula* en la cual la materia prima extraída de esas experiencias ha sido recreada en formas artísticas que son reales pero no concretas, pues cuando

llegaron a nosotros existían sólo en la imaginación del artista”.¹¹

Thoreau vivió en la cabaña de Walden Pond poco más de dos años. Leo Marx considera el hecho como “otra manifestación de la geografía moral norteamericana, una combinación nativa de mito y realidad. La choza que estaba al lado del lago se alzaba en el centro de un paisaje simbólico en el cual la aldea de Concord aparecía a un costado de una amplia extensión de naturaleza virgen del otro”.

Buell sostiene que *Walden* es el fenómeno en que *los trascendentalistas* estuvieron más cerca de crear una obra de ficción en prosa y, si el lago es un mundo mítico, en ese caso “yo” debe ser una persona que *es, al mismo tiempo, el narrador y el tema de la obra*. Hay en ella “símbolos ambiguos” como en *Moby Dick*, en *The Scarlet Letter* y en *Prelude*. Comienza en primavera, recorre el ciclo de las estaciones con predominio del nacimiento y la renovación. Se describe el movimiento cíclico de los días, así como el que corresponde al año; los capítulos individuales alternan las realidades y los reflejos, y los capítulos y párrafos están cuidadosamente equilibrados interiormente: “hechos percibidos por la mente, pensamientos pensados por el cuerpo; con estos elementos yo tengo que lidiar”.¹²

La analogía entre el paseante solitario del Walden y el del Lemán, Rousseau, no ha sido destacada, pero la coincidencia es gratamente sorprendente: las errancias por los bosques, las herborizaciones, las “meditaciones a la intemperie”, son comunes a los dos. Algo habrá sabido Thoreau de su precursor el más ilustre, el genio de Ginebra, tan conservadora como Concord. Rousseau es el maestro y Thoreau su discípulo, que conoció poco la letra y mucho el espíritu de ese su lejano mentor.¹³ Pero Rousseau se vio impelido a una altura que Thoreau nunca conocería, grandiosa como el Macizo del Jura, el blanco y anguloso telón de fondo de la niñez del suizo. La seducción de la Naturaleza arrebató a ambos hacia regiones misteriosas, lejos del reino de las cogitaciones cartesianas, tan árido y estéril, comparado con el sentimiento y las emociones que vivieron los dos.

Hay una analogía importante con Hawthorne: “Tenían mucho en común. Ambos eran al mismo tiempo realistas y espiritualistas y ambos estaban fascinados por los símbolos. Los dos sospechaban de los reformadores y estaban convencidos de que el orden social podía mejorar sustancialmente sólo mediante el progreso moral de los individuos que lo forman”.

¹¹ *Ibidem*, p. 86.

¹² *Ibidem*, p. 87.

¹³ “Amo mucho a mis amigos, pero compruebo que es inútil ir a verlos. Cuando estoy cerca de ellos suelo odiarlos”. “Podemos odiar a aquellos a quienes amamos; somos indiferentes a otros”.

Henry David Thoreau

Desobediencia civil






Thoreau plantó un jardín para los Hawthorne cuando estos se fueron a vivir a Concord y vendió a Hawthorne un bote en el cual salían juntos a navegar. La relación con Emerson fue, inicialmente, la de discípulo y maestro; sin mediar ningún conflicto o disputa, el vínculo fue haciéndose paulatinamente débil y acabó por romperse anímicamente. Thoreau quizá percibió el peligro de quedar absorbido y desfigurado por tan potente intelecto que, además, caminaba rápidamente hacia un conservadurismo repugnante. De cualquier modo, también para Emerson empezó a serle ajeno Thoreau, quien nunca lo llamó por su nombre sino a partir de la carta que comienza con un “estimado Waldo, pues he oído decir que ese es su nombre”, que habrá sido muy anti-pático al recipiendario de aquella misiva aristocrática.

Thoreau, con todo y sus excentricidades, “suscitaba una intensa impresión de pureza en todos los que lo conocían”. S. Chase dijo: “su vida se caracterizaba por la pureza y la bondad”,¹⁴ y mientras Henry James lo veía peor que provinciano, parroquial, Charles Ives creyó que era tan universal que no necesitaba recorrer el mundo para demostrarlo y aunque no creía en la utilidad de los viajes, que para él constituían un desastre, su obra está llena de imágenes de viajes, pero de una peregrinación interior. Es el *homo viator* de la teología clásica, que singulariza una vida sedentaria sólo en el sentido más evidente y primario de la palabra.

Para el gusto de hoy, el experimento de Thoreau tiene el sabor de un extraño fruto, que no es exótico ni salvaje del todo. “Thoreau nunca abjuró de la civilización, ni teórica ni prácticamente. Al margen de lo que pudo intentar en Walden Pond, lo cierto es que no intentó revivir la experiencia de Robinson Crusoe. Cuando en Maine tropezó con un auténtico ermitaño, se preguntó cómo podía hacer ese hombre para soportar su separación de la humanidad”.¹⁵ Por otra parte, Thoreau tuvo más compañía y recibió a más invitados durante los dos años que vivió en Walden Pond que muchos habitantes solitarios de la ciudad moderna.

Parrington —afirma Wagenknecht— halló los términos apropiados cuando dijo de Thoreau que era “economista trascendente” y que Walden representaba un experimento controlado de carácter económico.

Por lo demás, no lo impulsaba la penuria, sino sólo el intento de ordenar la vida de modo que las cosas principales no se perdiesen entre las superfluas. El tiempo era vida y él no deseaba canjearlo por el desecho... Creía que cuando uno gana más de lo que necesita sencillamente adquiere un estilo de vida más caro y, por consiguiente, limita su libertad y aumenta su susceptibilidad, temeroso de que

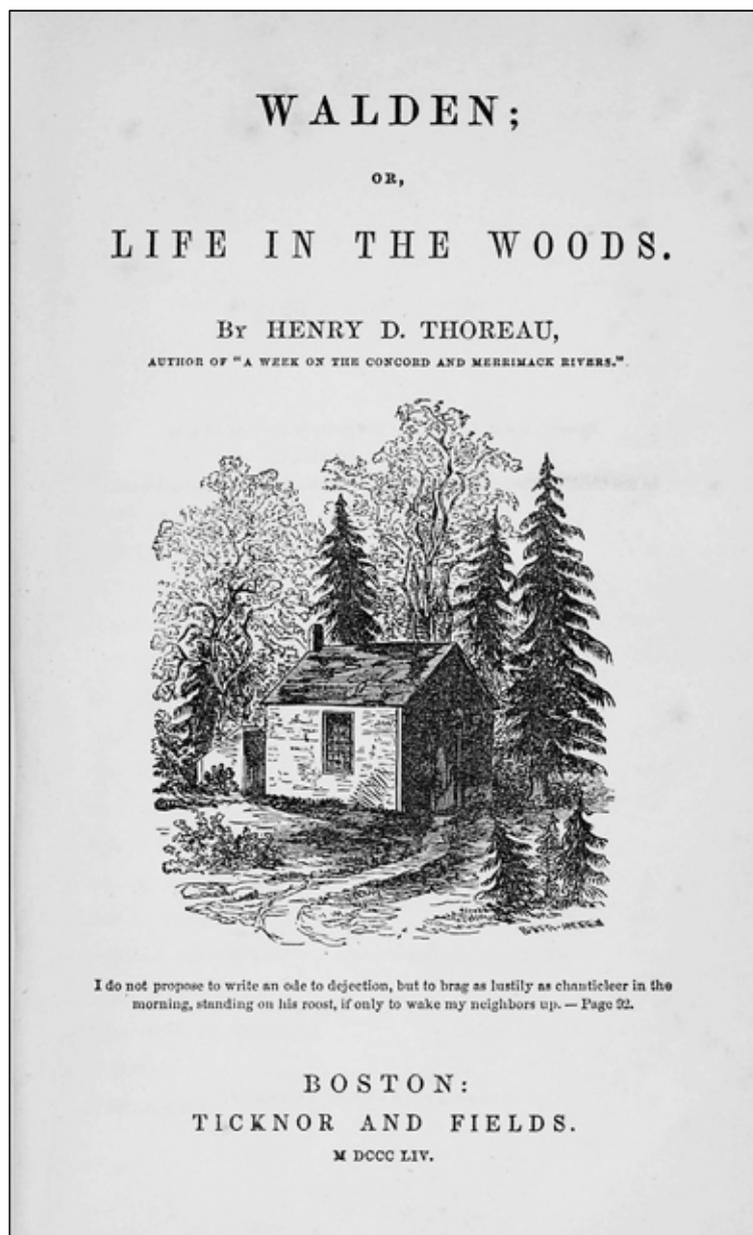
¹⁴ Citado por Wagenknecht, *ibidem*, p. 130.

¹⁵ *Ibidem*, p. 163.

se le arrebatan los medios de prolongar esa situación y, al mismo tiempo, entrega rehenes al orden vigente y crea vacas sagradas a las que uno mismo tiene que servir y que adoptan la forma de intereses creados. Por lo tanto, el propósito de la ocupación ganancial era suministrar los medios para cultivar y sostener el intelecto y el espíritu.

Pero, ¿por qué precisamente Walden? Tenía que escribir un libro y para hacerlo necesitaba aislarse y además estaba muy incómodo y disgustado con la reacción de sus vecinos al incendio misterioso del bosque. Y caben —dice Wagenknecht— otras explicaciones, alguna sentimental y erótica. Thoreau dijo que se alejaba de Concord y se ponía a vivir en la cabaña porque quería “completar ciertas tareas privadas con el menor número posible de obstáculos”.

“Fui a los bosques porque *deseaba vivir conscientemente*, afrontar únicamente *los hechos esenciales de la vida*... Quería vivir profundamente y absorber toda la sustancia de la vida, vivir de un modo tan áspero y es-



partano que desechase todo lo que no fuera vida... arrancar la vida y reducirla a sus términos más bajos y, si eso no me acomodaba, percibir la mezquindad del asunto y denunciarla ante el mundo”. La declaración enigmática proclama, ante todo, una especie de ascesis laica y propone otro “*viaje a lo esencial*”, tal y como lo hizo el polinésico Gauguin, él a miles de kilómetros de París. Thoreau, que desconfiaba de toda larga travesía, tenida por él como cosa inútil, emprendió la suya alejándose tan sólo unos cuantos metros de su pueblo. En ambos casos su emboscadura tuvo como resultado una obra revolucionaria, innovadora y original y consiguió también otra mirada sobre el mundo que, después de ellos dos ya no sería igual, análoga a la cabaña ártica de Wittgenstein, cuando el filósofo viviera ahí con su joven compañero, en la clásica “soledad de dos” leyendo a Tolstói, es decir, en el “espíritu” de Thoreau, y rechazando sus posesiones cuantiosas, inmensa fortuna acerrera, como una carga inútil al igual que el conde ruso, como el santo de Asís y San Jerónimo...

Walden Pond fue por otra parte un experimento de agricultura de subsistencia. La agrimensura era importante para su negocio de lápices de grafito; ante todo, el alejamiento le acabó por convencer de que “no todos los hombres podían avanzar hacia una nueva Frontera y ocupar parcelas baldías en las áreas colonizadas. Nunca quiso que otros hombres lo siguiesen a la espesura”, afirma Wagenknecht.

El rechazo de Thoreau a la política marrullera de sus días, a los partidos y los hombres tabernarios que campeaban en los capitolios norteamericanos, tuvo su origen en una convicción democrática radical: el gobierno corresponde en última instancia al pueblo y la “*representación política*” es una burda ficción, una creación artificial, irreal, increíble e... insignificante. No era un anarquista —concluye Wagenknecht— en el sentido que pidiese la eliminación inmediata del gobierno pero sí en el sentido de que la libertad política no le parecía muy importante porque no implicaba la libertad económica y moral.

En la mejor tradición contestataria y escéptica, porfiaba en “mantenerse obediente a las leyes de su ser, que nunca opondría a un gobierno justo... si llegaba a conocerlo un día”. Decía que “si tratamos de florecer y oler y saber dulce y refrescar a la humanidad en la medida de nuestra capacidad y calidad, realizaremos todo lo que somos capaces de hacer y, al mismo tiempo, evitaremos las superficialidades, las parcialidades y las intolerancias de los reformadores que concentran los esfuerzos en sus proyectos favoritos y que, por eso mismo, acaban deformados”. Proclamaba orgullosamente: “*No conozco riquezas que quisiera retener. No tengo ningún bien privado, a menos que se trate de mi capacidad particular para servir al público*”, explica Wagenknecht.

Un gobierno digno del apoyo de los ciudadanos debía, según Thoreau, fomentar oficialmente la cultura y las ciencias, el arte y la educación, los buenos caminos, la persecución del delito, ¡la extinción de los incendios!, la protección de la naturaleza y la vida silvestre y la educación de los niños, haciendo universidades de todas las aldeas, como lo soñó cuando fue secretario del Liceo de Concord. Las bibliotecas y galerías tenían para él la misma importancia que los bosques y parques, que a todos los hombres deben brindárseles; una posesión común, destinada a la instrucción y a la recreación colectivas. Para conseguirlo sí valía asociarse políticamente y empujar en dicho sentido, tanto más cuanto que la ambición individualista, “el individualismo posesivo”, ya asomaba sus ávidas garras con el monopolio ferrocarrilero, el gran negocio mundial de la segunda mitad del XIX, que hizo la fortuna del duque de Guermantes, el fantasma proustiano que tuvo su correlato real en Greffulhe y su bellísima e irresistible duquesa.

“Silenciosamente declaro la guerra al Estado, la que libraré a mi modo, aunque lo usaré y lo aprovecharé como pueda, como se acostumbra en estos casos”. Con estas palabras Thoreau “rompía las hostilidades” contra los poderes, político y social, que habían colocado al gigante norteamericano en la encrucijada de la Guerra Civil y en la inicua invasión militar para despojar a México de más de la mitad de su territorio: era la desobediencia civil lo que así se anunciaba.

“Si el Estado dejaba en paz, él lo dejaría en paz, pero si le exigía que cometiese una injusticia, tenía que resistirse”, anota Wagenknecht. En todo caso —y en sus propias palabras—, “debo cuidarme de que no sea yo mismo quien me preste al mal que condeno” y, anticipando las posibles consecuencias, admitió que “bajo un gobierno que encarcela injustamente al individuo, el lugar que corresponde al hombre justo también es la prisión”.

El trasfondo de *Desobediencia civil*, del deber de la desobediencia civil, es la guerra de agresión a México,¹⁶ entre 1846 y 1848, que concluye con el Tratado de Guadalupe Hidalgo, convención impuesta a la fuerza por el vencedor quien, con cruel humanismo, tituló “de paz, amistad y límites”, y en cuya negociación los representantes mexicanos escribieron una página inmarcesible de dignidad y de diplomacia, denunciando el designio oculto de poblar el territorio robado con esclavos e inclinar así la balanza a favor de los estados sureños en la inminente Guerra Civil norteamericana. La historia de esos debates sigue siendo una lección de derecho internacional y también de política imperialista; el primero estuvo a cargo de los mexicanos y en el segundo aquellos gringos salieron perdiendo. **U**

¹⁶ Así lo sostiene J. J. Coy en su introducción, ya citada. Wagenknecht difiere y le asigna otros motivos.